»tan profundamente, que los errores pasados y »las más ardientes pasiones no pudieron jamás »arrancarle (1).»

¡Ah! y ¡cómo se respira al escuchar esta última palabra! La gran obra, fruto de las constantes vigilias de Santa Mónica, subsistía aún, y nada había podido destruirla. ¡Oh poder de las enseñanzas de una madre! ¿Qué fuerza es esa que, á pesar de tantas y tan grandes caídas, continua aún protegiendo el alma de Agustín?

Pero precisamente, porque la caída había sido más vergonzosa, y el espíritu, el corazón y los sentidos habían descendido tanto, Agustín se hallaba en una agitación y tristeza profundísima. «¡Desdichada, dice, el alma insensata que, reti»rándose de Dios, espera encontrar algo mejor »que Él! Esta alma se vuelve y revuelve sobre sí »misma y hacia todos la dos; pero en vano, porque »todo lo halla duro. No hay reposo sino en Vos, »¡oh Dios mío (2)!» Y continúa diciendo: «¡Qué

(1) «Nec me revocabat à profundiore voluptatum carnalium gurgite, nisi metus mortis et futuri judicii tui, qui per varias quidem opiniones nunquam tamen recessit de pectore meo.» (*Confes.*, lib. VI, cap. XVI.)

(2) «Væ animæ audaci quæ speravit, si à te recessiset, se aliquid melius habituram! *versa et reversa* in tergum et in latera et in ventrem, et *dura sunt omnia:* et *tu solus requies!*» (*Confes.*, lib. VI, cap. VII.)

»tormentos sufría yo entonces! ¡qué suspiros ex»halaba! Vos sólo, ¡Dios mío! sabéis lo que pade»cía, y nadie más. ¿Qué hubiera yo podido decir, »ni aun á mis mejores amigos? ¿Y cómo mi fría »palabra hubiera podido hacerles comprender los »rugidos de la tormenta que estallaba en mi alma? »Afortunadamente estos rugidos los llegasteis »Vos á oir, y comprendisteis lo que en mi cora»zón había (1). ¡Ay de mí! yo buscaba por to»das partes donde poder reposar, y no encontra»ba tal sitio; y si la casualidad me deparaba al»gún punto de descanso, en vano me decía á mí »mismo: basta, estamos bien aquí, no pasemos »adelante. En vano, sí, porque Vos, ¡oh Dios mío! »me punzabais sin cesar con un secreto aguijón »y, bajo la influencia poderosa de tan saludable »remedio, conocía que mi alma se curaba insen»siblemente (2).»

(1) «Quæ illa tormenta parturientis cordis mei! Qui gemitus, Deus meus! Et ibi erant aures tuæ, nesciente me. Et cum in silentio fortiter quærerem, magnæ voces erant ad misericordiam tuam tantæ contritiones animi mei. Tu sciebas quid patiebar, et nullus hominum. Quantum enim erat quod inde digerebatur per linguam meam in aures familiarissimorum meorum! Numquid totus tumultus animæ meæ, cui nec tempora, nec os meum sufficiebat, sonabat eis? totum tamen ibat in auditum tuum, quod rugiebam à gemitu cordis mei.» (*Confes.*, lib. VII, cap. VII.)

(2) *Confes.*, lib. VII, cap. VIII.

Su alma mejoraba, en efecto, echándose de ver por la creciente pena, por la mayor dificultad en hallar paz y sosiego y, digámoslo en honor de Agustín, porque cobraba diariamente nuevo aliento y mayores fuerzas: sus primeras relaciones habían durado quince años, éstas sólo duraron algunos meses. Es probable que Mónica intervino también para hacerlas desaparecer, y que llorara como no había jamás llorado; que hiciese á su hijo las amonestaciones más apremiantes, y le diese los consejos más eficaces y cariñosos; que le recordara con energía su ninguna delicadeza y su criminal conducta para con la joven, cuya mano había solicitado y que sólo vivía para él; así como también su proceder escandaloso para con Adeodato, lleno de inocencia angelical que acaso perdería presenciando tan deplorables debilidades; y sobre todo, su impío comportamiento para con Dios, cuyas gracias despreciaba, y cuya cólera se atraía de ese modo: Agustín cedió, y cansado de buscar en amistades carnales y culpables la felicidad que en ellas no hallaba, rompió la última cadena; prometiendo á su madre esperar, como era debido, el día ya próximo en que se realizara su concertado matrimonio.

Dios, que había recompensado el primer sacrificio de Agustín enviándole un momento de paz

y un principio de luz, le tenía acordada por este segundo sacrificio otra recompensa del mismo orden, pero mucho más preciosa. Apenas rompió los lazos que le tenían sujeto, cuando desaparecieron las sombras que obscurecían su espíritu, brillando por completo en él la viva luz de la fe.

Nuestros lectores habrán podido observar, que el alma de Agustín había comenzado á iluminarse hacía ya tiempo. Como sucede á veces que, después de una tempestaden ardorosa noche de verano, los astros aparecen poco á poco por entre las nubes que se disipan; así también desde algún tiempo á esta parte, se revelaban al espíritu de Agustín, unas en pos de otras, las grandes verdades de la fe. La duda en sus acometidas no pudo arrancar jamás de su conciencia las lecciones de Mónica sobre la existencia de Dios y la Providencia, sobre la inmortalidad del alma, la distinción del bien y del mal, y sobre el juicio. Rodando de duda en duda y de error en error, Agustín había comprendido la imposibilidad de que el hombre llegue á la verdad por solas sus propias fuerzas; la necesidad de una enseñanza divina, los caracteres de esta enseñanza y su existencia en el seno de la Iglesia católica, que empezaba á admirar. Tales eran los astros que brillaban en su alma con resplandor un tanto velado, pero de dulzura y vivacidad singulares.

Mas su luz, por bella que fuese, era insuficiente para hacer cristiano á Agustín; pues el astro mayor, el más dulce y el que ilumina todas las cosas, es decir, Nuestro Señor Jesucristo, no brillaba aún en su alma. Y no era que Agustín hubiese olvidado del todo este supremo nombre, bebido con demasiado deleite en los labios de su madre para que pudiera borrarse de la memoria, sino que, después de tantos malos libros como había leído, de tan perversas enseñanzas como recibiera, y después de ser esclavo de pasiones que tanto obscurecen el alma, esta divina figura había palidecido sobremanera á sus ojos. Agustín no comprendía ya ni la Encarnación, ni la Providencia ni la Divinidad de Cristo; y lo que es más todavía, la existencia misma del Verbo y la espiritualidad de Dios llegaron á serle problemáticas. Era pues preciso que, ante todo, se desvaneciesen estas sombras, y nadie podrá imaginar quién fué el apóstol escogido por Dios, para enseñar á Agustín la doctrina de su Verbo.

Tuvo la antigüedad, en los días más brillantes para Grecia, un joven de espíritu tan elevado y de palabra tan sublime, que nadie ha podido superar. Discípulo de Sócrates, á quien inmortalizó prestándole sus alas, y maestro de Aristóteles, cuyo mérito habría triplicado comunicándole su fuego, en la primera mirada sobre

la creación comprendió, que ésta no era más que una imagen, un símbolo y una sombra, fundando toda la filosofía sobre el siguiente principio: *Detrás del mundo visible se encuentra el mundo invisible, y éste sólo puede servirle de explicación, como le ha servido de tipo*. Su segunda mirada fué todavía más transcendental. Remontándose del hombre á Dios, y descubriendo con profunda claridad el lazo que los une, vió que el hombre viene de Dios y vuelve á Dios; pero no está separado, sino unido y como suspendido de Dios por la raíz, según bella expresión suya; y que, por triste que sea nuestra condición en la tierra, puede elevarse el hombre al cielo de donde desciende, y tiene para esto en su corazón la fuerza necesaria, producida por el vivo sentimiento de Dios, por la necesidad que de Él experimentamos, y por la aspiración que tenemos hacia ese supremo Ser. Llama él á esto sentido divino que, unido con el sentido de lo invisible, forman las dos bases de su filosofía ó más bien de toda filosofía digna del hombre. Movido, después, por lo que descubría en lontananza, y queriendo enterarse más, recorrió el mundo, visitó los templos; consultó á los sacerdotes guardadores de la tradición, estudió los misterios; examinó y restauró los símbolos alterados; y provisto de todos estos recursos, volvió á emprender su vue-

lo elevándose tan alto, que han vacilado los Padres de la Iglesia acerca del nombre que debería dársele. Unos creen que es el genio del hombre llevado á su mayor altura, otros le llaman Moisés pagano, profeta inspirado por Dios, ó propagador del Evangelio enviado á las naciones que vivían en sombras de muerte; pero todos están de acuerdo en saludarle con el calificativo de *Divino*.

Agustín no había podido leer todavía obra alguna de Platón, pues ignoraba la lengua griega, y sólo por Cicerón conocía una parte de sus producciones; pero felizmente, cuando pugnaba con las últimas sombras que el maniqueísmo derramara sobre él, y cuando se esforzaba por hallar un Dios completamente espiritual, ya que hasta entonces sólo le había concebido con mezcla de materia, uno de sus amigos le proporcionó en latín el libro de Platón, acabado de publicar en Roma por Victorino, retórico muy conocido. Agustín le tomó y, apenas abierto, sintió que caía de sus ojos el velo tejido por mano de la herejía, y que le había impedido comprender la espiritualidad de Dios y la existencia de su Verbo. Sin duda que esto no era todavía el Evangelio, pero era ya un como prefacio, tan bello que Agustín quedó deslumbrado. «En aquel tiempo, »dice, vino á mis manos un libro, que según la

»expresión de cierto anciano venerable, estaba »lleno de finísimas esencias de la Arabia: apenas recibí su perfume, y derramó sobre el escaso fuego de mi corazón algunas gotas del »néctar divino que encerraba, cuando sentí que »se apoderaba de mí un incendio, cuya fuerza no »es posible expresar, siendo imposible que tú lo »comprendas, Romaniano: completamente imposible. Los honores, las grandezas humanas, los »deseos de gloria y los atractivos de esta vida »terrestre dejaron de impresionarme, en presencia de la luz que empezaba á recibir (1).»

Mas permitamos al mismo Agustín que nos refiera minuciosamente sus felices descubrimientos, mezclados aún con sombras que exigen otro nuevo revelador; y aprendamos de él, cómo se prepara en ciertas almas su venida al Cristianismo.

«Yo hallé, dice San Agustín, en estos libros »(no usa las mismas palabras con que lo refiero, »pero sí las mismas sentencias), apoyado en multitud de pruebas y razones, *que en el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y »Dios era el Verbo; que éste estaba desde el »principio con Dios; que todos las cosas fueron »hechas por Él, y sin Él nada se hizo de cuan-*

(1) *Contra Acad.*, lib. XI, núm. 5.

»*to tiene ser; que en Él está la vida, y la vida* »*era la luz de los hombres; que la luz luce en* »*las tinieblas, y las tinieblas no la comprendie-* »*ron; que aunque el alma del hombre dé testi-* »*monio de la luz, no obstante, ella no es la luz,* »*sino que el Verbo de Dios, que es Dios tam-* »*bién, es verdadera luz que ilumina á todo hom-* »*bre que viene á este mundo. Y que Él estaba* »*en este mundo, y el mundo fué hecho por Él,* »*y el mundo no le conoció.*» Como se ve, esto era el principio del sublime Evangelio de San Juan: IN PRINCIPIO ERAT VERBUM. «Pero que Él »vino á los suyos, continúa, y que los suyos no le »recibieron; y que á todos los que, creyendo en »su nombre, le recibieron, les concedió la potes- »tad de hacerse hijos de Dios, esto no lo leí ni »encontré en aquellos libros.

»Leí también allí, que *el Verbo no nació de* »*la carne ni de la sangre, ni por voluntad de* »*varón ni por voluntad de la carne, sino que* »*nació de Dios;* pero que el Verbo se *hizo carne* »y *habitó* entre nosotros, no lo leí allí.

»Hallé asimismo en aquellos libros más de »un pasaje, donde se dice muchas veces y de va- »rios modos, que *el Hijo consubstancial al Pa-* »*dre, nada le usurpa al juzgarse igual á Dios,* »siendo por su naturaleza una misma cosa con »Él; pero que *se anonadó á sí mismo tomando*

»*la forma de siervo,* que *se hizo semejante á los* »*hombres,* que *fué reputado y tenido por hom-* »*bre,* y que *se humilló á sí mismo, siendo obe-* »*diente hasta la muerte y muerte de la cruz;* »esto no se contenía en aquellos libros.

»También se dice allí que *antes de todos los* »*tiempos y sobre todos los tiempos, es y per-* »*manece inconmutable vuestro unigénito Hijo,* »*coetáneo á Vos, ¡oh Dios mío!*; que *de su ple-* »*nitud reciben las almas lo que las hace bien-* »*aventuradas, y que participando también de* »*aquella infinita sabiduría, que es permanen-* »*te y eterna, se renuevan y hacen sabias;* mas »no se refiere allí que *Él sufrió muerte por* »*los pecadores, y que no perdonasteis á vues-* »*tro Hijo unigénito;* ni se lee tampoco *que le* »*entregasteis á la muerte por todos nosotros.* »Vos habéis ocultado estas cosas á los sabios y »las habéis revelado á los pequeños, á fin de con- »solar á quienes lloran y se ven agobiados; y »también para que los mansos y humildes de co- »razón busquen á Jesus que los alivia y con- »forta (1).»

Es decir, que leyendo Agustín los libros de Platón, halló en ellos no el amor infinito y las humillaciones del Verbo, sino más bien su glo-

(1) *Confes.*, lib. VII, cap. IX.